
Crisis y nacionalización de la banca

Magdalena Galindo

Por los azares y las prisas a los que está sujeto cualquier investigador en México, que tiene que vivir a salto de mata entre las fechas de entrega, me vi en la obligación de dar la ponencia que había presentado en el coloquio sobre nacionalización de la Banca a otra publicación. Pero si las prisas justificaban ese sacarle doble provecho a unas cuartillas, me parece que la revista *Iztapalapa* no se merece un refrito. He redactado entonces otro texto en el que, si no cambio de interpretación, porque mi tesis sobre la crisis sigue siendo la misma, abordo el tema desde otro aspecto, que pretende incluir un poco de polémica, siempre sana, con otros investigadores. Debo aclarar, sin embargo, que a partir del subtítulo “La caída financiera y la nacionalización de la Banca”, el texto no ha sido modificado, sino es exactamente el que leí en el coloquio sobre nacionalización de la Banca organizado por la Universidad Autónoma Metropolitana. Afortunadamente, no incluí estas páginas en la otra publicación, y pensé que debía conservarlas en su texto original ya que fueron escritas en un momento determinado, es decir, el que corresponde a los últimos días del régimen de López Portillo.

La paja en el ojo ajeno

Entremos, pues, en materia. Tanto se ha escrito en relación a la crisis, que el resultado parece conducir más a la confusión que al esclarecimiento. El fenómeno real, que exige urgentemente su aprehensión como único medio de enfrentar sus estragos y aprovecharlo como tiempo propicio para saltos

cualitativos de la organización popular, presenta tan intrincada red de relaciones que la confusión es, paradójicamente, explicable.

Dos son los errores que me parecen más comunes y que, seguramente por alguna manía personal, me parecen más intolerables. El primero consiste en confundir las características de la crisis, sus síntomas, con sus causas. De este sesgo metodológico se deriva el describir la crisis y pensar que se la ha explicado. El segundo, consiste en atribuir la *culpa* de la crisis a la política económica que es lo mismo que confundir una ventana con la causa de la luz.

Otra paja en el ojo ajeno que si no me molesta tanto, en cambio me ha costado más de un disgusto y algún enemigo creado en las que parecían inocuas mesas redondas, es la afirmación de que existen numerosas crisis: la de 1971, la de 76, la de 82, y así seguirán con las que se presenten en el futuro.

El consejo de Dobb y la ley de Marx

Para tratar de sacarle la vuelta a estos errores me he valido aquí y en otros textos, de un consejo de Maurice Dobb y de una ley marxista que había caído en descrédito.

El consejo consiste en el simple principio metodológico de que para explicar la especificidad de una crisis hay que analizar el auge anterior, porque es allí donde se gestaron las causas de la crisis. En el caso que nos ocupa, entonces, tendremos que referirnos al auge de la segunda posguerra, durante el cual la acumulación de capital utilizó cuatro mecanismos básicos. Para explicarlos, hay que recurrir a la ley marxista en descrédito, es decir, a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Durante muchos años, más que por un prurito de originalidad, por el hecho evidente de que el proceso de

acumulación se desarrollaba con los pequeños tropezos, pero sin las desbarrancadas de 1929, los marxistas creyeron que Marx se había equivocado al enunciar la tal tendencia y que la era de los monopolios había conseguido negarla en la realidad.

Cuatro mecanismos para aumentar las ganancias

Lo cierto, como se ha comprobado en estos años, es que la ley seguía operando, pero el capitalismo había logrado que las contratendencias a la ley operaran eficientemente. Durante toda la segunda posguerra, el crecimiento se sostuvo gracias a cuatro mecanismos que sirven para mantener y aumentar las ganancias.

El primero es la *gigantesca expansión del crédito* que se inicia desde el mismo final de la guerra con el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa, cuando Estados Unidos descubrió que el método para vender sus mercancías era prestarle recursos a Europa como medio de convertirla en compradora. Las décadas de los cincuentas y los sesentas se caracterizarán por un endeudamiento creciente de gobiernos, empresas y particulares, y esta expansión del crédito conseguirá, a través de crear demanda presente a cargo de una creación futura de valor, actuar como contratendencia a la caída de la tasa de ganancia.

Un segundo mecanismo que recibirá un impulso extraordinario en la postguerra es la *mayor intervención del Estado* en la economía que utiliza recursos globales de la sociedad para crear una infraestructura que ahorra costos a las empresas. Además, los Estados se convierten en los mayores demandantes de la economía y, de esta manera, ayudan a dar salida a las mercancías de los capitalistas. Al otorgar servicios sociales y educación gratuita, los Estados

disminuyen el valor de la fuerza de trabajo, ya que estos servicios no pesan sobre el salario y, por este camino, impulsan la tasa de ganancia. El Estado en esta etapa multiplica sus empresas y produce una amplia variedad de insumos, cuyos bajos precios constituyen un subsidio encubierto para las empresas capitalistas. Naturalmente, el Estado cumple en esta etapa con su función tradicional de representar a la burguesía nacional en las relaciones internacionales y ejerce las funciones de control y represión sobre las clases dominadas. El Estado, a través de sus distintas funciones, se convirtió en una poderosa contratendencia a la caída de la tasa de ganancia.

El tercer método del que se sirvieron los capitalistas para acrecentar sus ganancias fue el *proceso de concentración y centralización de capital*. A través de los grandes consorcios, los empresarios lograron dominar los mercados de los países industrializados e imponer condiciones a los trabajadores como vendedores de fuerza de trabajo y como consumidores de las mercancías capitalistas. Además, el proceso de monopolización sirvió para la conquista de mercados en los países subdesarrollados, que al someter al dominio de las transnacionales a grandes masas de trabajadores, consiguió mantener la tasa de ganancia.

Como un cuarto mecanismo para mantener el proceso de acumulación de capital en escala ampliada, operó el *impresionante desarrollo tecnológico* que, por un lado, abre nuevos campos de inversión y, por otro, al potenciar la capacidad del trabajo de crear valor, sostiene la tasa de ganancia y retarda la aparición de la crisis.

El auge engendró la crisis

El deterioro de estas cuatro contratendencias empezó a manifestarse a finales de la década

se convirtieron en factores de la crisis. En otras palabras, la causa de la crisis económica que afecta a todo el mundo capitalista es la caída de la tasa de ganancia debido a que las contratendencias crearon nuevos problemas o simplemente perdieron eficacia. La expansión del crédito desembocó en la inflación desbocada y la insolvencia de gobiernos, empresas y particulares. La intervención del Estado provocó también inflación y un déficit fiscal que condujo a la virtual quiebra de los Estados, sobre todo en América Latina, que ha batido *récords* de endeudamiento, precisamente para financiar ese déficit fiscal. La concentración y centralización de capital generó el fenómeno de combinar desempleo e inflación, pues los grandes capitalistas que dominan los mercados ante la disminución de las ventas de sus mercancías, no compitieron disminuyendo los precios, sino haciendo uso de su poder en el mercado, disminuyeron la producción, aumentaron los precios y de esta manera protegieron sus ganancias. El desarrollo tecnológico ha perdido impulso en la apertura de nuevos campos de inversión y hasta el momento, aunque se busca afanosamente una nueva división internacional del trabajo, en la que se pretende introducir la robotización en los países imperialistas y desmembrar los procesos productivos para convertir a los subdesarrollados, además de nuevamente en productores principalmente de materias primas, en países maquiladores, todavía no ha podido establecerse un nuevo arreglo internacional y el desarrollo tecnológico también ha perdido eficacia.

El corazón del sistema no aparece a simple vista

El deterioro de estas cuatro contratendencias empezó a manifestarse a finales de la década de los

de los sesentas y la crisis estalló con particular virulencia al iniciarse los setentas, uno de cuyos signos fueron la devaluación del dólar y la libra esterlina.

Y aquí hay que hacer un paréntesis metodológico para entendernos mejor y para buscar nuevamente la polémica. Las enunciadas arriba son las causas profundas de la crisis, porque afectan a la ganancia que es el verdadero motor de la acumulación capitalista, lo que equivale a decir el corazón del sistema. Pero para entender a cabalidad el problema, hay que huir de dos superficialidades que han confundido a numerosos economistas. La primera es atender al resultado contable de los estados de pérdidas y ganancias de las empresas y de ahí querer deducir mecánicamente la salud del proceso de acumulación. El primer sesgo metodológico es que los únicos estados de pérdidas y ganancias que pueden consultarse son los de las empresas que participan en la bolsa de valores, que son precisamente las mayores, las que disponen de una capacidad monopólica y que, en consecuencia, logran disminuir una parte de los costos de la crisis.

Para rebatir ese punto de vista mecánico, también hay que resaltar que en esta etapa, la quiebra o las grandes dificultades de verdaderos gigantes de la producción, que sólo ha podido salvarse por la intervención del Estado, sirven como indicador de la caída de la tasa de ganancia en un nivel general. Por si fuera poco, hay que registrar que la mayor parte de las ganancias que obtienen las grandes empresas ya no se derivan directamente de la producción, sino se ubican en el terreno financiero. La especulación generalizada indica que el capitalismo tiene dificultades para realizar su plusvalía dentro de sus vías normales.

La inversión, el termómetro del capital

Finalmente, en el punto de las ganancias es importante resaltar que el sistema capitalista para seguir un ritmo ascendente, no sólo necesita que haya ganancias, sino que éstas tengan el nivel suficiente para garantizar la acumulación en escala ampliada. Este es el proceso que se ha obstruido y el indicador más seguro de esta realidad es la inversión. Los capitalistas han descubierto que el nivel de ganancias no asegura la inversión y han retraído drásticamente esta variable. Dedican, en el presente, una gran parte de sus capitales al terreno de la circulación, especulando obtienen más ganancias que produciendo y esto explica, también, el desbocamiento de la inflación.

Del PIB y la multiplicación de las crisis

El segundo error metodológico de inusitada frecuencia en nuestro medio, consiste en estudiar la economía a partir de la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto, sin atender a los factores que están determinando el proceso. A los economistas que se guían por ese indicador, la crisis les salta cuando menos lo esperan. Algunos hasta llegaron a sostener que la lucha política tendría que centrarse en la repartición de los frutos del auge durante los ochentas. Lo que pasó es que confiaron, como los ideólogos del gobierno y los economistas burgueses, en que el petróleo por sí solo podía sustentar un largo período de crecimiento sostenido. La verdad es que la acumulación ampliada de capital es un proceso mucho más complejo y no puede analizarse con un criterio tan superficial.

En el mundo, y no sólo en México, esta crisis se ha caracterizado por seguir un ciclo muy corto

de alto y siga. Cuando la contracción de la producción se presenta, los Estados procuran impulsar la producción a través del gasto público y lanzan recursos a la circulación, aunque incurriendo en un mayor déficit fiscal que financian a través del crédito y a través de la emisión de moneda sin cobertura o, en etapas más recientes, conforme se va agotando el crédito, a través del alza de impuestos y sobre todo, del incremento de los precios de los bienes y servicios generados por el Estado. Estas medidas logran impulsar la producción, pero, al mismo tiempo, la inflación se acelera; a esta fase del ciclo se le conoce como *sig*. Cuando la inflación se desboca, los gobiernos introducen políticas contraccionistas para combatir la inflación. La planta productiva disminuye su ritmo de crecimiento e incluso en varios países llega a tasas negativas, con lo que se incrementa el desempleo. Se llega así a la etapa del *alto*, y el ciclo vuelve a empezar.

Al no atender al proceso de acumulación mismo, sino solamente a uno de sus indicadores que es la tasa de crecimiento del PIB, los economistas mexicanos han encontrado una crisis en 1971, otra en 1976 y una más en 1982, en vez de observar estos momentos como las etapas de alto de una misma crisis entendida como la obstrucción del proceso de acumulación capitalista. Durante las etapas de *sig*, los gobiernos consiguen hacer crecer la economía, pero este crecimiento tiene un rasgo artificial que no puede sostenerse más allá de dos o tres años y los problemas vuelven a aflorar.

La dependencia modifica el comportamiento de la crisis

Una vez discutidos estos dos puntos de vista superficiales y las causas de la crisis en su nivel más

abstracto, pasemos a un nuevo nivel de concreción. Si bien estas causas y el ciclo interno de la crisis son un denominador común en el mundo capitalista de los setentas y lo que va de los ochenta, las manifestaciones particulares son diferentes en cada país. Estas manifestaciones dependen, fundamentalmente, de la historia económica de cada nación en la que tiene un papel preponderante la forma específica de inserción en la división internacional del trabajo. No es casualidad que todos los países de América Latina se estén enfrentando a la insolvencia para pagar un endeudamiento que ha llegado a sus límites máximos, así como a la escasez de divisas, las devaluaciones y la fuga de capitales. Lo que está sucediendo es que las mismas causas que operan en las economías imperialistas se manifiestan en nuestros países con mayor gravedad debido a la dependencia, o, para usar un término más exacto, debido al carácter tardío y subordinado del capitalismo en América Latina.

Déficit comercial y hambre de divisas

Para facilitar la exposición, y porque es el único país que conozco aproximadamente, me referiré al caso de México, y a la balanza de pagos, porque es la cuenta en donde se refleja con mayor nitidez la subordinación de la economía. Basta observar que, desde siempre, las exportaciones mexicanas han sido fundamentalmente de materias primas, ya que, aunque las exportaciones de manufacturas han aumentado lentamente, puede afirmarse que, en general, carecen de competitividad en el exterior. Este hecho se agravó con la petrolización de la economía, uno de cuyos elementos más importantes fue que el energético pasó a representar más del 70 por ciento de nuestras exportaciones.

Nuestra planta productiva, en cambio, es terriblemente dependiente del exterior; de manera que cada impulso a la producción, cada etapa de siga, redundando inmediatamente en un crecimiento acelerado de las importaciones que nunca puede acompañarse del aumento de las exportaciones y, en consecuencia, desemboca en el déficit comercial.

O dicho en otras palabras en una permanente y dinámica necesidad de divisas que sólo puede cubrirse a través (en pequeña medida) de la inversión extranjera directa y a través (sobre todo) del endeudamiento. Esta es la razón que explica que el crecimiento económico registrado en 1971-73 y en 1978-79 haya conducido en el corto plazo a un endeudamiento alarmante y, finalmente, desemboque en las devaluaciones y en las caídas de la producción.

El campo, sector estratégico en bancarrota

La otra forma de obtener divisas para la economía mexicana consistió en el pasado en la exportación de productos agropecuarios. El campo, así, no sólo transfirió valor a la industria a través del intercambio desigual, sino era un sector estratégico por proporcionar las divisas para las importaciones de insumos para la industria. Pero la explotación inmisericorde de los campesinos provocó un grado de empobrecimiento que simplemente no pudieron continuar en la producción y abandonaron, en grandes proporciones, las parcelas. Fue necesario, entonces, importar los granos que antes producían los campesinos y, por este camino, la balanza comercial agropecuaria disminuyó su saldo positivo e incluso llegó a los números rojos, como en 1975, 1980 y 1981.

Mexicanos en el extranjero y petrolización sin ventajas

Otro de los renglones de la balanza de pagos que había servido para compensar el déficit comercial era el turismo, pero los turistas mexicanos en el exterior fueron reduciendo poco a poco el saldo a nuestro favor y, en los últimos años, éste, de tan exiguo, ya no sirve como importante generador de divisas.

La subordinación de la economía mexicana se expresa, así, en que cualquier repunte de la economía obliga a la importación de numerosos insumos, pero el país carece de fuentes generadoras de divisas, pues el único renglón importante de exportación es el petróleo. Sin embargo, como para la propia producción acelerada de petróleo también fue necesario, como en las demás ramas de la industria, realizar fuertes importaciones de maquinaria, el saldo positivo del petróleo se vio mermado. El único medio, en consecuencia, de obtener divisas fue a través del endeudamiento.

El Estado privilegia la tasa de crecimiento

Y aquí se llega al nivel de la política económica. Y por lo tanto, de las responsabilidades. Apuntemos solamente que el Estado mexicano ha privilegiado la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto por dos razones. La primera, porque de este modo protege a las grandes empresas capitalistas. La segunda, porque la tasa de crecimiento es una de las más importantes fuentes de legitimidad. Mientras el país crezca, el PRI puede prometer la repartición de la riqueza en el futuro. Cuando el país no crece, como en la agudización de la crisis que vivimos este 1982, las masas se muestran impacientes



y el Estado pierde consenso aun entre su propia clase, la burguesía mexicana.

Marxistas, sí; críticos, no

Al pasar de registrar los aspectos generales de la inserción de México en la división internacional del trabajo, a abordar la política económica, hemos pasado también a un nivel más concreto del análisis y aquí vale la pena introducir otro elemento que está en la polémica cotidiana acerca de la crisis. Numerosos economistas, con vocación de funcionarios y a veces sin ella, alegan que la crisis económica se debe a los errores cometidos en la política económica. Tal actitud puede parecer muy crítica, pero no es muy marxista. La verdad es que ningún gobierno ni ningún capitalista en particular ha provocado la crisis. Esta es provocada por las propias leyes del capitalismo, leyes ciegas que son el resultado de un sistema basado en la ganancia. La política económica, entonces, no es la causa de la crisis, pero sí es la forma en que una determinada sociedad responde ante la crisis.

Digámoslo otra vez. Cuando la crisis estalla, las diferentes sociedades responden ante ella de distintas maneras y estas formas de respuesta se expresan fundamentalmente en la política económica que implanta un determinado gobierno. Pero ese gobierno tampoco decide de una manera autónoma, y mucho menos técnica, la política que quiere implantar. Al contrario, esa decisión depende de la correlación de fuerzas entre las distintas clases de la sociedad. Naturalmente, esta correlación se expresa tanto en un nivel económico, como en un nivel político.

En México hemos presenciado, durante la

crisis, dos etapas de política económica: la del sexenio echeverrista y la del sexenio lópezportillista.

Un Estado burgués con hegemonía de la fracción financiera

Antes de analizar a grandes rasgos sus lineamientos es necesario aclarar que ambos proyectos están determinados por dos hechos objetivos e ineludibles dentro de los parámetros capitalistas. El primero es que ambos gobiernos corresponden a un Estado burgués cuya función es representar los intereses de su clase y, a través del control y la represión, garantizar la explotación y subordinación de las clases dominadas. Además el Estado no sólo es burgués, es decir, no sólo organiza y defiende los intereses históricos de la burguesía, sino que dentro de él se expresa el predominio de la fracción hegemónica de la burguesía, me refiero al capital financiero, entendido como el gran capital que reúne empresas industriales, bancarias y comerciales.

El otro hecho que determina la actuación del Estado mexicano, tanto en la etapa echeverrista como en la lópezportillista, es la subordinación de la economía mexicana al capital internacional o, en otros términos, la inserción de nuestro país en la división internacional del trabajo. Este hecho significa una planta productiva incompleta e ineficiente, una relación de intercambio desigual, una necesidad permanente de divisas, una dependencia tecnológica y financiera, pero, sobre todo, una permanente extracción de excedente que impide cerrar la brecha entre países dominados y países imperialistas, ya que vía remisión de utilidades, pago de patentes, precios bajos de las materias primas y altos para los productos manufacturados, intereses de la deuda, etc., los países imperialistas se apropian de una par-

te importante del capital acumulado en las naciones periféricas a través de la explotación de los trabajadores. Esta descapitalización permanente, que se traduce en necesidad de endeudamiento, obliga a los países subordinados como México a una constante negociación con el imperialismo, representado principalmente por Estados Unidos.

Política económica y correlación de fuerzas

Después de estas aclaraciones, puede abordarse la política económica concreta. Más que pretender un análisis detallado, me interesa resaltar la correlación de fuerzas que da origen a cada uno de los proyectos. Al iniciarse el sexenio echeverrista, el Estado intenta cambiar la estrategia del desarrollo estabilizador que había regido durante la década anterior y procura detener el endeudamiento. Sin embargo, esta decisión determina una contracción del gasto público y como éste, según veíamos al principio de este ensayo, tiene un papel fundamental en las economías modernas, el resultado es una contracción general de la economía. El proyecto echeverrista pretendía sustituir el endeudamiento por medio de la exportación de mercancías manufacturadas y como las únicas empresas que podrían aspirar a competir en el mercado internacional eran las grandes empresas, se impulsó un proceso de concentración y centralización. En este año, 1971, los precios, aunque todavía sin espectacularidad, tienen su primer repunte. Esta parte de la política económica tiene que ver con la estructura misma y obedece al intento de pasar a otra etapa de la división internacional del trabajo, pero siempre con la protección a la fracción hegemónica.

Hay otros aspectos que se refieren, en cambio, a la correlación de fuerzas en el plano político. Me

refiero a la política educativa, la política salarial y la intervención del Estado.

Aquellos tiempos de Echeverría

El sexenio echeverrista se inicia con el movimiento estudiantil popular de 1968 en el pasado reciente. Por eso se implementa la llamada apertura democrática que tiene como fin abrir espacios a la actuación política, entendida fundamentalmente en el plano ideológico, a las clases medias, principales protagonistas de ese movimiento. Además la política educativa constituye una piedra angular, con ella se procura una reforma educativa que mientras moderniza la formación de cuadros para la burguesía y desarticula las posibilidades de otro 68, amplía los presupuestos a las universidades como un medio de restañar las heridas.

(Más tarde, la política modernizadora centrada en la fundación de los Colegios de Ciencias y Humanidades se revertiría por la extracción popular de los estudiantes y por la presencia mayoritaria de profesores que, formados en la lucha de masas del 68, consiguieron orientar la enseñanza en sentido diferente al deseado por los diseñadores de la Reforma Educativa. Después vendría la superexplotación de los profesores *ceceacheros*, la lucha sindical, la formación de las preparatorias y los colegios de bachilleres, pero eso es asunto de otro ensayo).

Las masas estaban a la ofensiva

El movimiento del 68 no sólo involucró a las clases medias, sino constituyó un sacudimiento de la sociedad y, después de la represión de los dos años finales del sexenio de Díaz Ordaz, el movimiento popular en su conjunto pasa a una etapa de intensa

movilización que consigue tomar la ofensiva. En el movimiento obrero se incorporan nuevos contingentes como los universitarios, los bancarios (aunque no consigan la sindicalización), trabajadores técnicos y administrativos de distintos sectores. Los obreros de la gran industria forman nuevos sindicatos o se sacuden a los charros. Los viejos contingentes, como maestros, ferrocarrileros y electricistas, impulsan movimientos nacionales y como aglutinador de esta insurgencia sindical funciona la Tendencia Democrática de los electricistas.

Pero la movilización no se circunscribe al ámbito obrero. Los campesinos de distintos sectores y en todos los estados de la República se movilizan en defensa de sus salarios, de los precios de sus productos y, sobre todo toman, por la vía directa, tierras en todo el país. Los colonos urbanos se organizan para demandar servicios y también protagonizan tomas masivas de tierra. Surge la guerrilla urbana y la rural encuentra un nuevo impulso. Como ejercicios históricos de la organización de clase, se crean más de quince frentes populares para aglutinar obreros, campesinos, estudiantes y colonos. Entre ellos, el de más importancia es el Frente Nacional de Acción Popular.

El tinte populista

En la correlación de fuerzas, entonces, las clases dominadas consiguen pasar a la ofensiva en el sexenio echeverrista y ésta es la razón que explica el tinte populista del gobierno. En la política salarial se expresa esta correlación de fuerzas, y aunque la política económica en su conjunto favorece a la fracción hegemónica de la clase dominante, la burguesía financiera, se tiene que implantar una polí-

tica de salarios que se mueve de acuerdo con la inflación y aun consigue, aunque levisimas, mejoras en los salarios mínimos reales. Este hecho no significa que tomada la sociedad en su conjunto, las clases dominadas consigan una mayor parte de la riqueza, pues la burguesía, mediante la inflación y un intenso proceso de monopolización, logra apropiarse de una mayor parte del producto nacional. También la mejoría en el salario mínimo esconde las enormes disparidades entre los trabajadores de una misma rama y de las distintas ramas.

El Estado sostiene la economía

Finalmente, en esta etapa también se presenta una ampliación y profundización de la intervención del Estado en la economía. En el sexenio echeverrista los organismos sujetos a control presupuestal pasan de 48 a 845. Esta cifra refleja el intento desesperado del Estado por elevar la tasa de ganancia a través de sustituir la inversión que la iniciativa privada se niega a realizar. También una gran parte de los fideicomisos que se multiplican se debe al empeño del Estado de atenuar la lucha de clases por medio de organismos que sirvan como paliativos de los problemas más apremiantes.

El poder de los charros contra la TD

En el terreno propiamente político, el Estado busca desarticular al movimiento obrero independiente y para lograrlo, concentra todo el poder de los charros en contra de la Tendencia Democrática de los electricistas que había servido de polo aglutinador de las clases dominadas en todo el sexenio. La manifestación de septiembre de 1975 marca el momento de mayor plenitud de la TD, y, al mismo

tiempo, inicia su declinación, pues la fuerza del charrismo y los errores de conducción del movimiento, que pueden resumirse en la confianza excesiva en las contradicciones del poder político, cuya expresión ideológica es el nacionalismo revolucionario, significaron la derrota de la Tendencia, sellada con la represión al plantón en Los Pinos.

Una vez derrotado el polo aglutinador del movimiento obrero, se desata una ola represiva contra los movimientos huelguísticos, que coinciden en lo económico con la profundización de la crisis expresada en el estancamiento de la producción (el PIB crece 4.2 por ciento), el disparo de la inflación (los precios aumentan 16 por ciento) y las devaluaciones de 1976.

Las masas pasaron a la defensiva y vino el FMI

Como señal del cambio en la correlación de fuerzas, es decir, de que el movimiento popular, aunque siempre en efervescencia ha pasado a una etapa defensiva, están la represión a los trabajadores del Hospital General, a los obreros de Cactus, a los mineros de Nacozari, a los trabajadores de la Universidad. Como correlato de la ofensiva represiva, en la política económica se da vuelta a la política salarial del echeverrismo y se implantan los topes salariales, se permite un alza indiscriminada de precios, se abren las fronteras a las mercancías extranjeras, se reduce el gasto gubernamental, se reduce también el financiamiento del exterior. Se implanta, en fin, la política monetarista del Fondo Monetario Internacional, la llamada política de austeridad.

Esa política, conocida como genocidio económico, significa una transferencia masiva de recursos de las clases dominadas a las clases dominantes. O,

en otros términos, la recuperación de las ganancias, sólo que por medios que podrían llamarse anormales dentro del capitalismo. Es decir, no se trata de una recuperación de la tasa de ganancia en las actividades productivas, sino de una apropiación de la riqueza social por medio de la inflación y la especulación financiera.

La tasa de crecimiento se recupera, pero por medios anormales. Es importante reiterarlo, porque tal parece que el reconocimiento generalizado de la crisis que hoy se presenta en los medios académicos está basado en el mismo criterio que diagnosticó el auge. Si la tasa de crecimiento es alta, hay auge; si la tasa baja, hay crisis. Este criterio es el que ha multiplicado las crisis y los auges, sin el análisis que explique realmente el funcionamiento de la economía.

El endeudamiento, no el petróleo, fue la palanca

No se trata de varias crisis, sino de una sola que se ubica en el mismo proceso de acumulación. Sólo que esta crisis se caracteriza por el alto y siga debido al hecho simple de que es el Estado, fundamentalmente, el que sostiene el crecimiento. Y éste, en consecuencia, vive los avatares de las finanzas públicas. Lo que sucedió en México en 1978 y 1979 es que el Estado, gracias a la posibilidad de exportación del petróleo, tuvo nuevamente acceso al crédito y por este medio consiguió hacer crecer la economía. Y vuelvo a insistir en la polémica. El petróleo no fue la palanca del crecimiento, porque para la rápida extracción fue necesario importar numerosos insumos y PEMEX se convirtió en el principal deudor de la economía mexicana. El saldo favorable habría sido escaso para impulsar el crecimiento. Lo que pasó es que el petróleo sirvió como

aval no explícito, pero muy real, de los empréstitos conseguidos por el Estado. Fue el crédito, el verdadero impulsor de la economía en 1978 y 1979. Para 1980, disminuye la capacidad del gasto estatal para impulsar a la economía en su conjunto y la tasa sufre un declive. En 1981, los signos son todavía más claros, y en 1982 viene la debacle, porque la capacidad de endeudamiento llega a un límite.

Para confirmar estos juicios basta recurrir a los cuadros 1, 2 y 3.

En el primero, puede observarse que el gasto público pasó de representar el 24.7 por ciento del Producto Interno Bruto en 1972 a abarcar el 47.1 por ciento en 1981. Es el Estado, entonces, el que aporta casi la mitad del PIB y ha pasado a ser el sector que sostiene el crecimiento. En el cuadro número dos se comprueba que la tasa de crecimiento de la economía en su conjunto ha estado asociada a la formación bruta del capital por el Estado. En los años en que ésta decrece, como 1971, 1976 y 1977, son los años de menor crecimiento del PIB. Finalmente, el cuadro 3 señala que el endeudamiento ha crecido con un alto dinamismo, al convertirse en la principal fuente de financiamiento del gasto público.

La caída financiera y la nacionalización de la banca

La burguesía mexicana, muy al tanto de las condiciones financieras previó, con la suficiente anticipación, la crisis financiera y emprendió una fuga masiva de capitales y una especulación gigantesca con dólares, adelantándose a la devaluación. Estos hechos, aunados al aumento de las tasas de interés, precipitaron la caída financiera.

La enorme deuda del país significaba un grave peligro para la banca internacional, pues en caso

Cuadro 1
RELACION DEL GASTO PUBLICO CON EL PIB

	Gasto Público Ejercido (millones de pesos)	PIB (millones de pesos)	Participación (porcentajes)
1972	139 717	564 726.5	24.7
1973	194 211	690 891.3	28.1
1974	259 394	899 706.8	28.8
1975	376 641	1 100 049.8	34.2
1976	490 637	1 370 968.3	35.8
1977	672 785	1 849 262.7	36.4
1978	869 235	2 337 397.9	37.2
1979	1 170 796	3 067 526.4	38.2
1980	1 780 037	4 276 490.4	41.6
1981	2 761 126	5 858 225.6	47.1

Fuente: VI Informe Presidencial de José López Portillo.

Cuadro 2
FORMACION BRUTA DEL CAPITAL

	Total	Crecimiento	Pública	Crecimiento	Privada	Crecimiento	Indice de precios Implícito 1970 = 100
1970	88 661	—	29 205	—	59 456	—	100.0
1971	87 142	-1.7	22 175	-24.1	65 026	9.4	101.0
1972	97 806	12.2	30 409	37.1	67 426	3.7	109.5
1973	112 228	14.7	41 901	37.8	70 338	4.3	118.8
1974	121 096	7.9	43 884	4.7	77 222	9.8	147.7
1975	132 316	9.3	53 771	22.5	78 518	1.7	178.1
1976	132 910	0.4	50 051	- 6.9	82 861	5.5	217.0
1977	123 987	-6.7	47 816	- 4.5	76 187	-8.1	193.0
1978	142 799	15.2	63 046	31.9	79 769	4.7	344.8
1979	171 714	20.2	73 740	17.0	98 017	22.9	418.3
1980	197 365	14.9	91 432	24.0	105 916	8.1	523.4

Crecimiento promedio 8.3

Fuente: VI Informe de Gobierno de José López Portillo.

Cuadro 3
DEUDA EXTERNA 1971-1982
 (Millones de dólares)

	Contratación Anual		Saldos	
	Sector Privado	Sector Público	Sector Privado	Sector Público
1971	266.1	283.8	2 095.4	4 545.8
1972	536.1	518.8	2 631.5	5 064.6
1973	550.7	2 005.8	3 182.2	7 070.4
1974	1 366.9	2 904.6	4 549.2	9 975.0
1975	1 095.2	4 291.4	5 644.3	14 266.4
1976	648.7	5 333.8	6 293.1	19 600.2
1977	133.3	2 987.3	6 426.3	22 587.5
1978	725.8	2 588.8	7 152.2	25 176.3
1979	2 174.6	3 352.2	9 326.7	28 528.5
1980	5 641.4	4 126.3	14 968.1	32 654.8
1981	S/d	19 000.—	S/d	51 654.8
1982	S/d	26 345.2	S/d	78 000.—

Notas: Los datos de 1981 y 1982 son estimaciones basadas en las cifras publicadas en la "Carta de Intención" presentada por México al FMI.

Fuente: José Manuel Quijano, *México, Estado y Banca privada*, México Centro de Investigaciones y Docencia Económica, 1981, págs. 275-276.

de que México fuera incapaz de pagar, esta eventualidad precipitaría una crisis financiera internacional de imprevisibles consecuencias.

La fuga de capitales y el enorme peso de la especulación propiciada y protagonizada por los grupos financieros propietarios de la banca privada, dificultaban cada vez más las posibilidades del pago de la deuda. El Estado, entonces, colocándose a la vanguardia de la burguesía, sacrificó a la propia

fracción hegemónica a favor del capital financiero internacional, ya que privilegió el fortalecimiento de la capacidad de pago del país, aun a costa de arrancarle a la fracción financiera de la burguesía un poderoso mecanismo de acumulación.

Precisamente porque es un golpe contra la fracción hegemónica del enemigo de clase de los trabajadores, la nacionalización de la banca significa un cambio en la correlación de fuerzas nacional. Este cambio se desarrolla en varios niveles. En primer lugar, ahonda las contradicciones entre las distintas fracciones de la burguesía. Además, obliga a la burocracia política a apoyarse en las masas para lograr disciplinar a la burguesía financiera. Este hecho no quiere decir que el Estado se disponga a implementar una política que favorezca a las masas, pero sí lo obliga y lo posibilita a la vez a utilizar otros medios distintos a la represión generalizada para el control de las clases populares.

Los dos frentes de negociación

La nacionalización de la banca y el control de cambios han abierto inmediatamente, dos frentes de negociación para el Estado. Con el capital financiero nacional, la negociación se mueve alrededor de dos elementos: la conservación o venta de las empresas no bancarias que pertenecían a la banca y el monto y el plazo de la indemnización. La burguesía financiera nacional echará mano de todos sus recursos para recuperar lo perdido.

Con el capital financiero internacional, la negociación se mueve principalmente alrededor del levantamiento del control de cambios y sobre todo, de la aceptación de los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional. Aunque el capital financiero perdió un aliado importante con la nacionalización

de la banca, le es mucho más urgente asegurar la capacidad de pago de México, pues las medidas adoptadas consiguieron detener el mecanismo que impedía acumular las divisas necesarias, pero por sí mismas no aseguran, tampoco, el pago de la deuda. Ahora, la burguesía financiera, principalmente estadounidense, que opera en el mercado internacional, ha disciplinado al Estado mexicano al conseguir que imponga la política de los acuerdos con el FMI que, a través del sacrificio brutal de las clases populares, garantiza las ganancias de esa burguesía financiera internacional.

El Estado mexicano se encuentra así con el hecho de que la profundización de la crisis económica lo ha llevado a una incómoda situación en la que, para velar por los intereses históricos de la burguesía, ha tenido que golpear a su fracción hegemónica, situación que lo ha llevado a apoyarse en las masas, pero el capital financiero internacional le exigió golpear al mismo tiempo a las masas populares, sin el necesario respiro político para no perder la posibilidad de seguir actuando como la vanguardia y el gárate del orden capitalista en México. Este juego de relaciones ha tenido dos consecuencias. Por una parte, la aceleración del proceso que obliga a una mayor rapidez de decisión del Estado. Por otra, una mayor complejidad de la situación que lo obliga a negociaciones simultáneas en varios frentes.

El papel de la izquierda

Este cuadro político y económico significa que la izquierda pasa a ocupar un lugar muy especial en la estrategia del Estado. Se trata de atraer al

mayor número posible de sus facciones hacia una tendencia reformista que consiga quebrar los intentos de las clases populares de impulsar una lucha con autonomía de clase organizativa, política e ideológica. Impedir la consolidación de la organización autónoma de las clases populares resulta estratégico para el Estado en esta etapa de profundización de la crisis, y la izquierda reformista debe ser, desde la perspectiva del Estado, la encargada de realizar la tarea. No es casual que López Portillo haya dedicado la primera parte de su Informe a la presencia de la izquierda en la Cámara de Diputados, presencia a la que otorgó el rango de mayor relevancia política de su sexenio.

Se agudizará la lucha de clases

Si estos son los rasgos de la coyuntura al final del gobierno lópezportillista, para el de Miguel de la Madrid los márgenes de maniobra son muy estrechos. Aunque hasta el momento no ha sido capaz de presentar ningún proyecto político, el discurso a través de la campaña se centraba en un cambio moderado que sirviera como elemento distraccionista de la izquierda y las organizaciones populares. Este proyecto ya tenía limitaciones en la falta de recursos económicos del Estado, pero la nacionalización de la banca y el control de cambios determinan la necesidad de restablecer la confianza de la burguesía en su Estado y de continuar una difícil negociación con el capital financiero internacional. Estos estrechos márgenes de maniobra del Estado, aunados a la profundización de la crisis, significan que la lucha de clases se agudizará en el próximo sexenio. 